





DISCURSO

pronunciado

En la Alameda de México

EL DIA

27 DE SEPTIEMBRE

DE 1850.

por el C. senador

José María Tornel y Mendivil.



MEXICO.

IMPRENTA DE CUMPLIDO.

1850.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA

ALAMEDA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

EN EL DÍA

27 DE SEPTIEMBRE DE 1850,

POR EL CIUDADANO SENADOR

GENERAL DE DIVISION

José María Cornel

y Mendivil.



Mexico.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO, CALLE DE LOS REBELDES NUM. 2

1850.



*“Plauserunt te manibus omnes transeuntes
per viam: sivilaberunt et moverunt caput suum
super filiam Jerusalem. ¿Haecine est urbs, di-
centes, perfecti decoris, gaudium universae
terrae?”*

*“Clamavit cor eorum ad Dominum super
muros filiae Sion. Deduc quasi torrentem lacry-
mas, per diem et noctem: nom des requiem tibi,
neque taceat pupilla oculi tui.”*

“Mofándose de tí sonaron las manos los que
pasaban por el camino: silbaron à la hija de
Sion, y menearon la cabeza diciendo: ¿Es esta
la ciudad tan hermosa y la alegría de toda la
tierra?”

“Clamó su corazón al Señor sobre las mu-
rallas de la hija de Sion: corra de tus ojos día
y noche, un torrente de lágrimas; no te des tre-
guas, ni cesen tus ojos de llorar.”

[Lamentaciones de Jeremias, Cap. II, V, XV y XVIII.]

¿NO era sobrado para mi tormento y para mi pena, haber es-
cuchado bajo la palma del desierto, las tiernas y sentidas que-
jas del pastor de la Idumea (1)? ¿Era también mi amargo des-
tino sentarme con los cautivos de Sion, en las márgenes del
caudaloso río que bañaba los muros de la corte de Nabuco?
¿Debian herir mis oídos y desgarrar mi corazón, no ya los cla-
mores de un hombre embriagado con ajeno, sino los gritos de
todo un pueblo, en sus extremos dolores? ¿Por qué al abrir los
libros santos, con reverencia y con temor, solo ven mis ojos las



“Plauserunt te manibus omnes transeuntes per viam: sive iluberunt et moverunt caput suum super filiam Jerusalem. ¿Haecine est urbs, dicentes, perfecti decoris, gaudium universae terrae?”

“Clamavit cor eorum ad Dominum super muros filiae Sion. Deduc quasi torrentem lacrymas, per diem et noctem: non des requiem tibi, neque taceat pupilla oculi tui.”

“Mofándose de tí sonaron las manos los que pasaban por el camino: silbaron à la hija de Sion, y menearon la cabeza diciendo: ¿Es esta la ciudad tan hermosa y la alegría de toda la tierra?”

“Clamó su corazón al Señor sobre las murallas de la hija de Sion: corra de tus ojos día y noche, un torrente de lágrimas; no te des treguas, ni cesen tus ojos de llorar.”

[*Lamentaciones de Jeremias. Cap. II, V, XV y XVIII.*]

¿NO era sobrado para mi tormento y para mi pena, haber escuchado bajo la palma del desierto, las tiernas y sentidas quejas del pastor de la Idumea (1)? ¿Era también mi amargo destino sentarme con los cautivos de Sion, en las márgenes del caudaloso río que bañaba los muros de la corte de Nabuco? ¿Debian herir mis oídos y desgarrar mi corazón, no ya los clamores de un hombre embriagado con ajenjo, sino los gritos de todo un pueblo, en sus extremos dolores? ¿Por qué al abrir los libros santos, con reverencia y con temor, solo ven mis ojos las

(1) Se refiere el orador al discurso que por honrosa comisión de la Junta Patriótica, pronunció en el 16 de Septiembre de 1840, en el cual comparó con los padecimientos de Job, los males que por entonces aquejaban à la nación.

quita á nuestros padres, á nuestras esposas, á nuestros hijos, á nuestros parientes, á nuestros amigos, dejando á la infancia sin tutela, á la juventud sin apoyo, á la vejez sin arrimo y á la patria sin consuelo. Advertid, mexicanos, que el profeta que acaba de contaros las cuitas y desastres de Jerusalem, con asombrosa exactitud, sabia ya por los oráculos de otro profeta, de aquel cuyos lábios selló un angel con fuego celestial, que la redencion de su pueblo estaba cerca, y hasta el nombre del que dormaria á los babilonios y reedificaria el augusto templo; (1) mas yo, para quien el futuro es un enigma, y que no puedo romper el velo que oculta los designios de Dios, busco en vano otro Ciro que alee su vengadora diestra, y entregado á memorias crueles, mas ventajoso porvenir es para mí un eugañío, es un sueño.

He aquí por lo que al abrir mis labios para celebrar la gloria inmortal de Iturbide, para ofrecerle un humilde y tardío tributo de reconocimiento, se me anuda la garganta, y en vez de justos elogios, no me es dado eschalar mas que suspiros. ¿Qué nos resta de la obra grandiosa del héroe de Iguala? Un recuerdo; y los recuerdos son martirio del alma, cuando los contradice la situacion presente. Disculpad, mis amigos, que turbe el regocijo de vuestra noble fiesta, y que desdeñando las galas y la pompa del gran día, os señale con mano atrevida el origen de la felicidad que fué, el origen tambien de nuestros padecimientos, que apenas caben en guarismo.

Iturbide, predestinado para la redencion de su patria, como lo fué Moises antes de que se meciera su cuna en las aguas del Nilo, para despedazar el yugo de los Pharaones; como lo fué el hijo de Cambyses, para arrancar á los israelitas de la servidumbre de Babilonia, recibió del Altísimo las sobresalientes cualidades que correspondian á su elevada mision, y lo dotó de claro talento, de señalado valor, de incansable actividad y de esa prevision en el consejo que asegura el resultado en las empresas colosa-

(1) Isaías, doscientos años antes de la ocupacion de Babilonia por Ciro, la vaticinó: sus palabras son las siguientes:—“*Hæc dicit Dominus Christo meo Ciro, cujus apprehendi dexteram. Ego ante te ibo; et gloriosos terræ humiliabo: portas aereas conteram, et vectu ferreos confringam.... ut scias quia ego Dominus, qui voco nomen tuum.... Vocavi te nomine tuo. Isai XIV, V, I, II, III, IV, V, VI.*”

les. Profundo conocedor de las circunstancias y de las esci-
gencias de su país, le explica sus pensamientos, le revela su
magnánimo designio, lo convence, lo seduce con el ascendien-
te irresistible que da à los hombres de genio la confianza en
una causa generosa. El Omnipotente para separar la luz de
las tinieblas, pronunció una sola palabra: *Hágase la luz, y la
luz fué hecha* (1). Iturbide, su mensajero en la nueva tierra,
tres palabras dijo: *Religion, Union, Independencia*; y una na-
cion, como si saliera del antiguo caos, nace con frente orgullo-
sa, robusta como las jóvenes, pura como las vírgenes, rica co-
mo el oro, la plata y las perlas, brillante como el sol de los trô-
picos y bendecida de Dios.

¿Cómo no lo había de ser la nacion mexicana si inauguraba
su ecsistencia bajo los auspicios de la religion adorable de Je-
sucristo? El mas amado de sus discípulos, el que recibió en la
última cena muestras las mas espresivas de ternura, ha escrito
que *la fé es la victoria que vence al mundo* (2). Con razon el
caudillo de Iguala grabó esta fé sagrada en sus estandartes, y
con razon el pueblo mexicano aplaudió en los trasportes de
su júbilo esta fé bienhechora de los hombres.

La religion que introdujo y ha mantenido la civilizacion en
el mundo, creó en México un pueblo, le inspiró costumbres dul-
ces, destruyó divinidades que comian carne humana y bebian
sangre, mandó que se honrara á la muger, que se favoreciera
al enemigo, que se amaran entre sí todos los hombres, que los
débiles y los miserables esperaran en su bondad y en su justi-
cia, que los pequeñuelos se sentaran á su lado, que los opresores
y los tiranos temieran la severidad de sus castigos.

Protegidos los mexicanos, desde los primeros dias de la con-
quista, por las máximas filantrópicas de la nueva creencia, y
por ministros que desempeñaban con caridad y con celo, un
verdadero apostolado, se adhirieron á ella con el fervor de los
primitivos tiempos de la Iglesia, como quien se apega á un be-
neficio, como quien en el naufragio de toda una raza, se afianza
de una tabla, la tabla del Decálogo, que promete igualdad de

(1) Gen. cap. I. V. III.

(2) *Et hæc est victoria quæ vincit mundum fides. Joan. II. V. IV.*

derechos y la impone de obligaciones, al etiope y al circasiano, al que se baña en las aguas del dorado Bétis, al que planta su choza en las risueñas orillas de los lagos del Anáhuac, al asiático y al europeo, al africano y al hijo de América; á todos los individuos de la estirpe de Adan, sea cual sea su origen, sea cual sea su color, sea cual sea su condicion y fortuna.

Los mexicanos penetraron que la religion católica encierra el cuerpo entero de la ley natural, que enseña todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo lo que es adorable. Como que prescribe el amor de los hombres, como que los eleva hasta el Creador, establece el principio de todo bien y hace brotar la fuente de las costumbres. La religion católica es la mas propia para la situacion de todas las naciones cultas, y para la política de todos los gobiernos. No limita su influencia à determinada region ni à determinado siglo: no es la religion de un pueblo, sino la de toda la especie; no es la religion de un pais, sino la de toda la tierra. Con ella hicieron alianza las letras y las artes; ella, llevando el alma á los mas altos pensamientos, dió impulso á los talentos, inspiraciones y modelos á los poetas; ella encendió la mente de los oradores, colocó el buril y el pincel en las manos de los mas privilegiados artistas; ella, en fin, es la religion de los Agustinos y de los Crisóstomos, de los Atanasios y de los Ambrosios, de Pascal y de Bossuet, de Racine y de Chateaubriand, de Rafael y de Murillo, de Miguel Angel y de Canova. Hablan à su favor, el apoyo que constantemente presta á los derechos imprescriptibles de la razon humana, las reglas que señala à la virtud, sin fijar límites al genio, las obras maestras de todas clases, cuanto ecsiste de superior en los anales del universo. El grito de Iguala que invocaba á la religion, fué, pues, una voz imperiosa de conciencia, y la siguieron prontamente hombres de todas edades y opiniones; el sacerdote que sube las oraciones del pueblo con el aroma del incienso hasta el trono de Dios; las vírgenes que le consagran su cabello y las alegrías de su corazon; los heroicos soldados de Hidalgo y los veteranos del rey de España, enemigos que fueron en los campos de batalla; la masa entera de la nacion. Así es como ella apareció tan fuerte en 1821; así es como *la Union* le prometia una bienandanza sin término.

No recomendó Iturbide esa union que es la caridad evangélica y uno de los preciosos fundamentos de las virtudes cristianas; no la union civil que esplica el encadenamiento de necesidades y de ausilios entre los hombres; sino la union política, la necesaria concretacion de votos, en la mayor de todas las aspiraciones, en el cambio radical de los destinos de un pueblo, céebre ya por sus infortunios, enriquecido con todos los elementos de poder. Despues de haber dormido México el sueño de la ignorancia, que es tambien el de la inocencia, por mas de tres siglos, despierta de repente y obedece al impulso que recibieron las sociedades desde cien años atras. El párroco venerable de una congregacion de Guanajuato, aconsejado por el amor sublime de su patria, empieza una revolucion conveniente y justa; mas de cuyo seno por una triste fatalidad, brotaron las crueles disensiones que fueron el tormento del pais, el azote de las familias, el alimento de las facciones y la esperanza de los enemigos de la independendencia. La política insensata del gobierno colonial intentò sofocar un sentimiento profundo que era el de todas las almas generosas, alzando patíbulos, derramando sangre á torrentes, arruinando por un cálculo, tan frio como horrible, lo que no era posible conservar. A esta resolucion de la ceguedad y del despecho, la conciencia pública oponia los desatendidos fueros de la humanidad; pero en vano: las ilusiones de dominacion se desvanecen muy tarde, y ellas encontraban aliento en la division de los ánimos, en el desborde de las pasiones, en la confusion espantosa que reinaba en la sociedad. Para contener este diluvio de calamidades, era preciso destruir los elementos de discordia, borrar escrúpulos, superar los obstáculos que impedian la reconciliacion universal. Iturbide, manifestando á todas las sectas y partidos sus errores y sus faltas recíprocas, logró estrecharlos con el lazo mas fuerte, el del interes de una comun patria.

Así que, vimos con asombro y con ternura, tremolar una misma bandera, la de las Tres Garantías, á Iturbide y á Guerrero, el campeon de las montañas del Sur; á Cortazar y á Bravo, el defensor de Coscomatepec; al indomable Victoria y á Santa-Anna, el vencedor del Pánuco; á Barragán y á Herrera, el caudillo de Córdoba; á Teràn y á Leon, la víctima gloriosa

del Molino del Rey; al mexicano y al europeo; al descendiente de Moctezuma, y al que heredó la maldición epidérmica del Africa; á todos los habitantes sin escepcion, de la parte mas envidiada del globo. Gozándose entónces los mexicanos en el contento público, se mostraban orgullosos por haber conquistado su independencia.

Y la independencia habia sido tan costosa, que no podia dejar de aplaudirse con el sufragio de todos los mexicanos. La revolucion que habia puesto en juego todas las pasiones humanas, que en una crisis terrible habia apelado à todos los recursos de la violencia arrastrada por los excesos de la tiranía, cambia de repente de carácter, y olvidando su propósito de castigar á la injusticia y á la opresion, se encierra en los límites de la filosofía y restablece los derechos de la humanidad ultrajada. La esperiencia de males antiguos, y el fundado temor de que vinieran otros nuevos, renovó en todos los pechos el sentimiento de la concordia, colocando así á la independencia entre los acontecimientos que sanciona un destino irrevocable. ¿Era necesario, acaso, renovar ódios y reproducir dolorosas acriminaciones para obtener el triunfo de una verdad proclamada como inspiracion divina, apoyada en el dogma de la soberanía de las naciones? La dura mano del tiempo habia roto las cadenas, ó llámense lazos, que ataban la mas rica de las colonias americanas á una metrópoli distante; y por notoria que fuera su grandeza pasada, y por grande que sea, y yo lo confiese, su nobleza presente, hay sucesos que solo dependen de la voluntad de Dios y del pueblo.

Entre las épocas de la historia, pocas ha habido tan fecundas en resultados de un interes inmenso, como la que comenzó en el venturoso 24 de Febrero de 1821, cuando uno de esos hombres extraordinarios que raras veces aparecen en la escena del mundo, hizo resplandecer el primer dia de la libertad mexicana, venció sin pena y sin causar quebrantos, el despotismo de tres centurias, y abrió á su patria, ensangrentada y abatida, una era de sólida y verdadera gloria. Todo el que sea digno de llevar el honroso nombre mexicano, recordará con placer las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron al movimiento decisivo de Iguala. Veinte y nueve años antes

de ahora, la aurora de otro 27 de Septiembre alumbró con sus dorados crepúsculos, á semblantes contentos, á hombres cuyos pechos estaban repletos de gozo, cuyas almas se estasiaban en la contemplacion de la mayor ventura. Cuando el sol derramó torrentes de luz en uno de los valles mas hermosos del universo, las calles y las plazas de la soberbia ciudad, este mismo jardin en que nos hemos congregado, triste ya por las amenazas del Otoño, contenian á la poblacion toda entera que salia al encuentro del libertador, con las manos alzadas para bendecirlo. Iturbide, con frente serena, con modesto continente y rebosando en la alegría mas pura de que es capaz un mortal, pasó en los brazos de la multitud, á rendir sus inmarcesibles laureles en las aras del Dios de los ejércitos y Soberano Dispensador de todos los bienes. El pueblo que lo encaminaba y que le habia levantado arcos de triunfo, de que era mas merecedor que Tito, no se inquietaba por presentimiento alguno funesto; y eran sus esperanzas tan lisongeras, como el acontecimiento que celebraba. Mas ¡oh desgracia! ellas han escapado delante de nuestros ojos, como escenas fabulosas de teatro. ¿Por qué?.....

Necesario es decirlo, tanto como lamentarlo. En medio de la general disipacion, ya que por fortuna no se ha estinguido el sentimiento religioso, cierto es que se ha debilitado mucho: la union de voluntades es un escarnio, y la independenciam no tan provechosa, como podia serlo, y mal sostenida, es un problema para los que nos juzgan incorregibles.

No ecsiste un solo mexicano que haya abrigado en su mente el pensamiento impio de negar la verdad de la religion; pero hay algunos, y quizá muchos, que esclavos de la moda, aparentan dudar de lo que no dudan; desconocer lo que en su corazon no desconocen, y que se muestran indiferentes á las prácticas santas, porque el vulgo las observa y porque esto ofende á su pretendida superioridad de inteligencia. Olvidando que la religion es el principio de la moralidad á la que las leyes humanas no prestan mas que un débil apoyo, no reflexionan que despojando de su freno á las pasiones de la multitud, la sociedad y la civilizacion se ponen en peligro. Si en el último siglo, algunos hombres de distinguido ingenio, cayeron en el presuntuoso error de negar las verdades que no comprendian y

que eran la pena de un orgullo, en el presente, mas cuerdos y mas medidos los filósofos, procuran dar vigor á máximas que son el fundamento del orden público, á ciertos hábitos que son la salvaguardia de las instituciones y de los gobiernos. Como los ejemplos son siempre contagiosos, las masas que advirtieron los conatos de algunos para sacudir el que apellidaban yugo de la razon, han ensayado tambien sus esfuerzos para romper el yugo de las leyes, y de aquí ha procedido la confusion que reina y el desprecio absoluto de toda autoridad y todo poder.

Si atentamente meditamos acerca de la situacion á que hemos venido por una prolongada série de discordias, no parecerá extraño que se califique como deplorable y aun desesperada, y que la vida de la república se atribuya á concesion milagrosa de la Providencia. ¿Para qué culpar á la ambicion de mando de algunos hombres, por los desastres que se han multiplicado mas allá de lo que puede sufrirse? ¿Para qué acusar de inconsistencia à un pueblo seducido, que se deja arrebatat sus leyes y sus costumbres favoritas? ¿Para qué notar la ausencia del espíritu público, garantía esencial de las naciones? ¿Para qué medir el tamaño de nuestras miserias y de nuestros dolores, si es notorio que la desunion, el abandono de las promesas de Iguala, nos han precipitado en un abismo sin fondo? ¿Dónde està Iturbide?.... El eco me responde....en Padilla. ¿Dónde está su ilustre cooperador Guerrero?....El eco me responde....en Cuilapan. ¿Dónde está la dicha que veinte y nueve años hace nos anticipábamos con la risa en los labios?....Desvaneciósse como vana sombra. Iturbide nos echortó á *la union y amistad íntima* (1); y nuestra decadencia, tan cercana á la ruina, ha venido de que ni imitamos sus ejemplos, ni obsequiamos sus consejos.

La independecia, el voto mas ardiente de su alma, no ha sido estimada en todo su precio. Muestras dimos de mantener ileso el espíritu que animó al Ejército Trigarante en mas prósperos dias, en los amenos sitios en que corre el Pánuco, y

(1) Palabras tomadas del Manifiesto que en 27 de Septiembre de 1821, publicó el Sr. Iturbide.



en las abrasadas arenas de Veracruz; mas en la reciente lucha con los Estados-Unidos de América. . . . Callo por prudencia lo que leerán con pena nuestros hijos, en los anales de la inflexible historia. Creyóse que en una invasion estrangera, un puñado de veteranos, un ejército improvisado de reclutas y de guardias nacionales, podian, sin la cooperacion unánime y enérgica del pueblo, castigar al enemigo y arrojarlo otra vez al mar, y el ejército sucumbió, sin que se le tolere ni aun el derecho sepulcral de la gloria póstuma. Aunque lo siento profundamente, no lo extraño. Chateaubriand dijo en sus Memorias que: "*La calumnia es mas bien escusa del calumniador, que acusacion del calumniado.*"

¡Mexicanos! Habeis prestado benévola atencion al relato de nuestros desaciertos y de sus deplorables efectos; y me habeis perdonado que en el aniversario del nacimiento de la república, os haya contristado con rasgos que acaso formó una imaginacion débil por la edad, y tímida por sus reiterados desengaños. Descubro, sin embargo, en vuestro mismo carácter motivos poderosos de consuelo, y en la palabra que Dios tiene empeñada de amparar á los afligidos con todo el poder de su salvadora diestra. Recordad que despues de *haberse sentado en el suelo la virgen de Babilonia* (1), los desgraciados prisioneros de Israel regresaron á solazarse en los campos de su querida patria, alzaron los muros de su bella ciudad, y edificaron un templo, tan digno como el antiguo, de la Magestad del Señor. Nuestros enemigos caerán: sí, caerán como cayó el imperio de los Caldeos bajo la espada triunfante de Cyro, porque hay su *Peso, su Número y su Division* (2), para todos los pueblos vanidosos de la tierra.

Si el programa de Iguala fuere otra vez una verdad, *la Religion* reparará con usura nuestros quebrantos; *la Union* facilitará la consecucion de nuestros deseos, y los coronará *la Independencia*. Algo mas ecsige la nacion de nosotros. La conservacion perpétua de las instituciones republicanas, que

(1) *Isai. Cap. 47, V. I.*

(2) *Mane, Thecel, Phares*, son las terribles palabras con que Daniel vaticinó al rey Baltazar su destruccion. *Dan. cap. VI. V. XXXV.*

son el escudo de la *Libertad*, sin la cual la *Independencia* es polvo, es escoria vil, es humo, es nada.

La navecilla de la república, roto el casco y quebradas las antenas, mantiene su timon y su quilla, y como flota todavía en los aires su bandera, la bandera de tres colores que saludamos con ardiente fé y con una esperanza que jamas se extinguirá, arribará al puerto; repararemos diligentemente sus averías, y desplegada otra vez su ancha vela, en una mar sin vientos recios y tempestades, llevará á las generaciones que nos heredan, la memoria de nuestros infortunios, los escarmientos que produjeron, la independencia sin riesgos, la libertad y el progreso sin enemigos.

Y tú, gran Dios, escucha benigno los humildes ruegos de un pueblo confundido y atribulado. Resitúyele, pues basta que lo quieras, su poder, su grandeza y su pasada gloria. Tambien te pedimos con inesplicable ternura, que á la víctima inocente de Padilla, concedas allá en los cielos donde los ángeles y querubines son el escabel de tus plantas, la diadema de los mártires, la recompensa que has ofrecido á los bienhechores de los hombres. ¡Dueño soberano del mundo, atiende nuestros votos!

¡Mexicanos! ¡VIVA LA RELIGION, LA UNION, LA INDEPENDENCIA!!!

HE DICHO.



Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
<http://biblio.juridicas.unam.mx>

